

EL DESAFÍO POPULISTA A LA DEMOCRACIA: UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA Y EMPÍRICA

Jimmy Antonio Corzo Salamanca. Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor en Estadística.
Correo electrónico: jacorzos@unal.edu.co

Juan Gabriel Gómez Albarello. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor en Ciencia Política.
Correo electrónico: jggomeza@unal.edu.co

RESUMEN

Los regímenes democráticos enfrentan varios desafíos. Uno muy específico es el surgimiento y consolidación de movimientos y partidos populistas. Su plataforma anti-elitista y anti-pluralista socava las bases de la deliberación política, la alternancia en el poder y el imperio del derecho. En este artículo, llevamos a cabo un análisis teórico y empírico del populismo, en el cual mostramos el itinerario conceptual del estudio de este fenómeno, las limitaciones del llamado enfoque ideacional y hacemos una contribución a la caracterización del populismo destacando el rol que juegan líderes narcisistas malignos. Además, con base en datos de la Séptima Ola de la Encuesta Mundial de Valores y otras fuentes, presentamos los resultados de un análisis factorial múltiple que permitió distinguir tres grupos de países por sus grados de desigualdad, violencia homicida, percepción de honestidad/corrupción, confianza en las instituciones y confianza interpersonal, interés en la política y creencia (o no) en el infierno.

[136]

Palabras clave: Populismo; Enfoque ideacional; Líder narcisista maligno; Regresión colectiva; Des/empoderamiento.

THE POPULIST CHALLENGE TO DEMOCRACY: A THEORETICAL AND EMPIRICAL APPROACH

ABSTRACT

Democratic regimes face several challenges. One very specific is the emergence and consolidation of populist movements and parties. Their anti-elitist and anti-pluralist platform undermines the foundations of political deliberation, the alternation of power, and the rule of law. In this article, we conduct a theoretical and empirical analysis of populism, showcasing the conceptual path for studying this phenomenon and the limitations of the so-called ideational approach. We contribute to the characterization of populism by highlighting the role played by malignant narcissistic leaders. Furthermore, based on data from the Seventh Wave of the World Values Survey and other sources, we present the results of a multiple factor analysis that allowed us to distinguish three groups of countries based on their levels of inequality, homicidal violence, perceptions of honesty/corruption, trust in institutions and interpersonal trust, interest in politics, and belief (or lack thereof) in hell.

Keywords: Populism; Ideational approach; Malignant narcissistic leader; Collective regression; Disempowerment/empowerment.

Fecha de recepción: 31/08/2025

Fecha de aprobación: 17/10/2025

INTRODUCCIÓN

El éxito electoral de muchos movimientos y partidos caracterizados como populistas ha motivado una gran producción académica orientada a caracterizar el tipo de liderazgo y el contenido de sus plataformas, así como el análisis del contexto institucional, social y económico que contribuye al éxito de tales movimientos y partidos. De partida, quisiéramos subrayar que las plataformas populistas suelen reposar sobre dos pilares: el anti-elitismo y el anti-pluralismo. El primero no está, necesariamente, en las antípodas de la democracia; el anti-pluralismo, sí. Este carácter justifica la aproximación al populismo como un desafío a la democracia.

Conviene subrayar que el anti-elitismo hace parte de la dinámica política democrática. El desafío que movimientos y partidos emergentes dirigen contra sus opositores puede ser formulado en términos de un ataque a las élites en el poder en cuanto élites, esto es, en cuanto grupo que concentra un desproporcionado poder e influencia sobre las decisiones colectivas. No obstante, cuando tienen éxito, los movimientos y partidos emergentes configuran una nueva élite y tienden a moderar su retórica anti-elitista,¹ a menos que se encuentren en una posición de antagonismo con la élite económica.

Si aceptáramos el análisis que realiza George Grote (1851) en su *History of Greece* de la figura de Cleón, el anti-elitismo tiene un linaje muy antiguo. Cleón se enfrentó a líderes como Nicias y, en general, a los sucesores de Pericles, quienes provenían de la aristocracia tradicional de Atenas. Si bien recurrió a una retórica agresiva, no hay evidencia de que promoviera acciones inconstitucionales. Antes bien, esa retórica puede ser vista como una compensación de sus orígenes humildes y su limitado acceso a recursos para movilizar a su favor a la ciudadanía ateniense (Whedbee, 2004). Vistos a través del prisma de Cleón, muchos políticos democráticos podrían ser caracterizados como anti-elitistas, sin ser por ello anti-pluralistas.

Empero, uno de los casos en los cuales el anti-elitismo puede terminar por alimentar plataformas populistas es cuando asume un carácter decididamente anti-intelectualista. El igualitarismo democrático radicalizado ha sido el repertorio discursivo en el cual han encontrado un punto de apoyo los políticos opuestos a la profesionalización de la burocracia de acuerdo con criterios meritocráticos. Más notorio y de más alcance, quizás, es el ataque a los expertos y a los intelectuales como élite que ostenta privilegios y reclama una influencia excesiva en la toma de decisiones, en perjuicio de la participación popular. En muchos casos, este ataque es meramente la fachada de empresarios políticos opuestos a cualquier cuestionamiento o restricción a su poder de decisión basado en el conocimiento que los expertos e intelectuales ponen a disposición del público (Hofstadter, 1966; Rigney, 1991). La defensa del sentido común frente a la experticia, y el resentimiento y hostilidad hacia quienes se dedican a la vida intelectual y académica, puede ser una disposición previa en grupos tradicionalmente marginados de los circuitos sociales de producción y distribución del conocimiento, la literatura y el arte. El tema es que esta disposición

¹ Como lo muestran Yanchenko et al (2025), tal es lo que ha ocurrido incluso con partidos populistas como el partido polaco *Prawo i Sprawiedliwość* (Ley Justicia, PiS), el griego *Synaspismós Rizospastikís Aristerás – Proodeftiki Simachía* (SYRIZA), y el ucraniano *Sluha Narodu* (Siervo del Pueblo, SN), una vez que llegaron al poder.

previa, por su carácter anti-elitista, es un poderoso punto de apoyo para plataformas populistas (Merkley, 2020).

Si bien el anti-elitismo no es per se antidemocrático ni anticonstitucional (Corso, 2022), el anti-pluralismo sí lo es. El tema es que el anti-pluralismo populista parte de una misma base que la democracia liberal. No obstante, interpreta el credo democrático de un modo que subvierte su propia realización y lo puede tornar en una pesadilla totalitaria. Tal es el planteamiento de Jacob L. Talmon (1956), quien encontró en los escritos de muchos predecesores y partícipes de la Revolución Francesa el ímpetu para negar las divergencias de opinión en aras de la realización de ideas consideradas como universalmente verdaderas, así como la destrucción de poderes sociales independientes del Estado en tanto focos potenciales de resistencia y subversión de la autoridad política. Irónicamente, ese credo devino actualizado por enemigos de la democracia, como Carl Schmitt (1988), quien postula que la democracia puede prescindir de la discusión y el debate, y puede ser realizada mediante la identidad entre el líder y el pueblo. La obra de Schmitt ha ganado una gran audiencia, incluso entre la izquierda, que ha buscado en ella argumentos para poner en cuestión la despolitización que le achacan a los régimes demoliberales. No es de extrañar, por tanto, que bajo la égida de Schmitt haya líderes populistas de todo tipo que abrazan posturas anti-pluralistas (Müller, 2003). Más recientemente, Walz (2025) ha observado que el anti-pluralismo debe ser considerado como una característica necesaria del populismo.

Dado que el populismo es uno de los fenómenos políticos más importantes de los comienzos del siglo veintiuno, en este trabajo hemos realizado una doble aproximación: en primer lugar, teórica; en segundo lugar, empírica. En la primera parte, procuramos hacer un rastreo del uso de este concepto, en el siglo veinte y en las primeras décadas de éste, en tanto resulta revelador de las limitaciones de la democracia liberal para dar respuesta a las demandas de diversos sectores. En la reconstrucción de este itinerario conceptual, destacamos las limitaciones del enfoque ideacional desarrollado por Cass Mudde y Cristóbal Rovira-Kaltwasser para estudiar los movimientos y partidos populistas. En la segunda parte, hacemos un aporte a la conceptualización del fenómeno al centrar nuestra atención en el tipo de liderazgo típico de esos movimientos y partidos. Este análisis teórico es la base para llevar a cabo, en la tercera parte, un análisis empírico de los factores asociados al apoyo a un líder fuerte que no tenga que preocuparse ni del Congreso ni de las elecciones. Al usar esta última caracterización como aproximación al liderazgo carismático anti-elitista y anti-pluralista, hemos podido echar mano de los datos de la Encuesta Mundial de Valores para examinar las referidas asociaciones. El método empleado con este propósito es el de componentes principales. Los hallazgos que reportamos no solamente convergen con hallazgos previos, sino que también realzan el análisis teórico llevado a cabo en la segunda parte, pues muestran la fuerte asociación de fenómenos institucionales, económicos y sociales con la disposición a apoyar líderes populistas.

1. EL ITINERARIO CONCEPTUAL DEL ESTUDIO DEL POPULISMO

Como lo reconocen los estudiosos del tema, el uso del concepto populismo en el siglo veinte estuvo confinado mayormente a un área geográfica, América Latina, más específicamente, a un tipo de régimen que procuró darle acceso a las masas populares

a los beneficios de la modernización económica y social de sus países. En efecto, en un artículo seminal publicado en 1965, Torcuato di Tella puso el énfasis en el hecho de que el populismo era la alternativa de cambio político para países en los cuales sencillamente no estaban presentes las condiciones para una opción liberal o socialdemócrata.² Visto desde el prisma de la democracia liberal prevalente en el mundo anglosajón y en la Europa occidental, el populismo, con su raigambre en masas populares heterogéneas y centradas en un líder carismático, como Juan Domingo Perón en Argentina o Gamal Abdel Nasser en Egipto, era una anomalía.

Sin embargo, desde finales de los años sesenta y comienzos de los años setenta, varios movimientos y partidos de izquierda y de derecha irrumpieron en la escena política de los países industrializados con una retórica que evocó el término *populista*. Helmut Dubiel (1986, p. 82) caracterizó con ese término los movimientos que –fuera su intención democrática-radical, antidemocrática o plebiscitaria– “protestan contra la pérdida de soberanía popular que necesariamente tiene lugar en los complejos mecanismos de representación de las modernas democracias de masas”. Dubiel (1986, p. 84) refirió además que el amplio respaldo popular de plataformas políticas orientadas a desmantelar los beneficios de la clase obrera, arropadas en un lenguaje caracterizado como populista, dio lugar a que teóricos radicados en Inglaterra, sobre todo Ernesto Laclau y Stuart Hall, plantearan la necesidad de ir más allá de las explicaciones económicas de la crisis del Estado de Bienestar y tomar en consideración mecanismos psicosociales e ideológicos.³

Laclau (2005) llevó a cabo una extraordinaria inversión del proceso que inicialmente criticó. El punto de partida fue su trabajo previo con Chantal Mouffe (1985) en el cual argumentó, contrariamente a lo sostenido por la ortodoxia marxista, que el proceso de construcción del sentido social, lo cual incluye las identidades políticas, es eminentemente discursivo. El discurso permite articular un amplio conjunto de demandas heterogéneas de sectores subalternos con el fin de constituirlo como un nuevo bloque hegemónico. Gracias a *significantes vacíos*, términos que permanecen vagos, pero que cada sector puede llenar parcialmente de contenido, ese nuevo bloque hegemónico se puede representar como una nueva unidad política: “el pueblo”. La clave de estos significantes vacíos es permitirle a los sectores subalternos identificarse con esa unidad mediante el antagonismo con los sectores a los cuales se opone. La intensidad emotiva del antagonismo compensa la vaguedad ideológica de la construcción de la unidad del “pueblo”. Un ejemplo de ello es el término “la casta”, acuñado por los periodistas italianos Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella (2006), adoptado luego con relativo éxito por Podemos a la política española (Booth y Baert, 2018, p. 10) para denigrar a la élite política y económica a la cual se ha enfrentado.

2 Previo a este artículo fueron realizadas numerosas publicaciones acerca del Partido Populista de los Estados Unidos, la más influyente, quizás, la de Richard Hofstadter (1955). Ese partido es el antecedente remoto del término. Sin embargo, por razones que presentaremos a continuación, consideramos que el antecedente relevante para la conceptualización del populismo contemporáneo es el trabajo de di Tella.

3 El propio Dubiel (1986, p. 86) destacó la similitud entre los agitadores de los movimientos populistas de derecha con los agitadores fascistas echando mano del concepto acuñado por Leo Löwenthal (1949/2021) de “psicoanálisis en reversa”. En efecto, ambos tipos de agitadores llevan a cabo un procedimiento opuesto al del analista: fortalecer sistemáticamente los miedos neuróticos, las inseguridades cognitivas y las tendencias regresivas con el fin de impedir que el ciudadano alcance su autonomía como sujeto y permanezca en una situación de dependencia con respecto al líder.

Resulta llamativo tomar en cuenta que un año antes de que Laclau publicara su libro seminal sobre el populismo, Cass Mudde (2004) publicó su artículo, también seminal, “The Populist Zeitgeist.” Mientras que el trabajo de Laclau es analítico y prescriptivo –en el sentido de la relación entre medios y fines, no en el normativo–, el de Mudde es empírico. Su propósito era proporcionar una herramienta con la cual pudiéramos entender y explicar los partidos y movimientos populistas que habían dejado de ser fenómenos marginales en la política europea. En ese artículo, Mudde acuñó una definición de populismo que se ha convertido en un punto de referencia central en los estudios sobre el tema. De acuerdo con esta definición, el populismo es “*una ideología que considera que la sociedad está fundamentalmente separada en dos grupos homogéneos y antagónicos, ‘el pueblo puro’ versus ‘la élite corrupta’, y que argumenta que la política debe ser una expresión de la volonté générale (voluntad general) del pueblo*” [las cursivas son del original] (Mudde, 2004, p. 543).

En trabajos posteriores, Mudde (2017) y Mudde junto con Cristóbal Rovira-Kaltwasser (2012 y 2017) han presentado varios argumentos en favor de su enfoque, el cual han definido apropiadamente como *ideacional*. En los términos del filósofo de la ciencia Imre Lakatos (1970), este enfoque puede ser descrito como un “programa de investigación” cuyo eje es el análisis del discurso populista como el marco de referencia que permite activar las actitudes latentes de la ciudadanía hacia partidos y movimientos que llamamos populistas, en contextos en los cuales las instituciones democráticas son débiles y/o su desempeño se ve afectado por fracasos de las políticas públicas implementadas por los gobiernos (Hawkins y Rovira Kaltwasser, 2018, p. 7).

[140]

Un rasgo distintivo de este programa de investigación es su parsimonia. Ninguno de los autores asociados al enfoque ideacional niega la importancia que tiene el liderazgo carismático. Sin embargo, desde su primera formulación, los autores que lo suscriben consideran que no es un elemento de su definición. Mudde (2004, p. 545) plantea que el liderazgo carismático “*facilita*” [las cursivas son del original] la difusión de las ideas populistas, pero arguye que el espectro de partidos y movimientos populistas no se puede reducir a él. En una formulación más reciente, Hawkins y Rivera-Kaltwasser (2018, p. 3) afirman,

(...) las ideas populistas son el rasgo distintivo de estos partidos y movimientos. Si bien muchas de las características materiales u organizacionales que a veces asociamos con el populismo, como el liderazgo carismático o un cierto perfil de políticas económicas, son reales e importantes para el éxito electoral de las fuerzas populistas, esas características dependen del contexto histórico o regional e incluso pueden ser un producto de estas ideas subyacentes.

El análisis de las ideas populistas ha contribuido a destacar la razón por la cual los partidos y movimientos populistas constituyen un riesgo para los regímenes denominados democráticos. A tono con la contribución original de Mudde (2004), Jan-Werner Müller (2016) ha hecho énfasis en el carácter anti-pluralista y moralista del populismo, y ha abogado por diferenciarlo de otros movimientos anti-elitistas. De acuerdo con este autor, un partido o movimiento anti-elitista puede promover una plataforma de cambio basado en una fuerte crítica a los responsables de las principales decisiones en el ámbito político y económico, sin incurrir por ello en una postura anti-pluralista. Lo distintivo de las fuerzas populistas es asumir que encarnan la totalidad del pueblo, esto es, que esas fuerzas, y solo

esas fuerzas, representan al pueblo. “Los demás competidores políticos son meramente parte de la élite corrupta, inmoral, o tal dicen los populistas, mientras ellos no tienen el poder; una vez en el gobierno, no reconocerán a nadie como miembros de una oposición legítima” (Müller, 2016, p. 20).⁴

La anterior observación permite entender la estrecha conexión entre el populismo y la polarización política, así como entre el estilo populista y la incivilidad. Al dividir el espectro político en dos bloques compactos, los políticos populistas invariablemente procuran que la opinión termine por abrazar esa división entre dos polos opuestos. Los políticos populistas procuran convencer a la opinión de que debe alinearse contra una élite corrupta tomando una misma posición frente a un amplio conjunto de temas, de forma tal que las respuestas de la ciudadanía que los apoya tienden a agruparse de manera bastante consistente. Al final del día, a los ojos de los seguidores de los partidos y movimientos populistas, el espacio político no está ocupado por diversas fuerzas políticas, sino dividido entre amigos y enemigos.

DiMaggio et al. (1996, p. 694) plantean que “la polarización reside en la forma extrema y en la distancia entre las respuestas [a cuestiones políticas], no en su contenido sustantivo”. En efecto, los temas que polarizan a la opinión pueden ser de la más diversa índole. No hay *per se* ninguno que conduzca, por las mismas razones, a la división de la sociedad en dos grupos que de manera extrema profesan opiniones opuestas. De ahí la extraordinaria plasticidad del populismo, que puede ser tanto de derecha como de izquierda. Por ejemplo, el rechazo a las políticas supranacionales europeas puede ser justificado tanto en términos etno-nacionalistas (derecha) como en los de oposición al proyecto neoliberal de élites tecnocráticas (izquierda).

DiMaggio et al. (1996, p. 693) hacen otra observación que conviene retener: “la polarización se refiere a qué tan extenso es el desacuerdo, no a las maneras en las cuales éste se expresa”. Dicho de otro modo, la polarización no consiste en la manera incivil, descortés e insultante de expresar las diferencias políticas. Cabe observar que una ciudadanía polarizada puede comportarse civilmente, esto es, puede tener la disposición a expresar el desacuerdo con sus oponentes de manera considerada y razonable, manteniéndose abierta a escuchar sus tesis y argumentos, y a discutirlas de forma cortés y educada. El tema es que el populismo cultiva simultáneamente la polarización y la incivilidad, lo cual contribuye a profundizar la polarización. El mecanismo que vincula estos fenómenos es indirecto. Muchos políticos populistas se complacen en recurrir a un estilo descortés e insultante por razones que están en relación con su carácter: les gratifican los triunfos

4 Müller (2016, pp. 25-27) también ha llamado la atención a la particular relación de las fuerzas populistas con las instituciones representativas. Contrario a una opinión bastante difundida, los populistas no promueven una abolición de esas instituciones, siempre y cuando estén controladas por los “verdaderos” representantes del pueblo y estos hagan lo que el pueblo “verdaderamente” espera de ellos. Mientras están en la oposición, impugnan los resultados electorales y las decisiones de las instituciones con el argumento de que las instituciones no reflejan la voluntad de la mayoría del pueblo. Una vez que han logrado el control de los centros de decisión, aseguran que hay un bien común singular, que el pueblo lo ha discernido y que la tarea del partido en el poder es realizarlo. Este tipo de planteamientos ha motivado a otros estudiosos a destacar el carácter redentorista (Canovan, 1999, pp. 10-15) o romántico (Giraldo Ramírez, 2018, pp. 167-168) del populismo, esto es, la idea de que los problemas relativos a la definición e implementación de las políticas públicas tienen su causa principal en la falta de virtud de los representantes políticos y, por tanto, de que un pueblo virtuoso y unos representantes virtuosos lograrían superar todos los obstáculos para elevar el bienestar general.

agresivos. Otra motivación muy importante tiene que ver con el hecho de que el recurso a maneras vulgares, que se consideran auténticas, en oposición al refinamiento de las élites a las que se les imputa ser hipócritas, refuerza la identificación entre los líderes populistas y sus adherentes (Ostiguy, 2017, pp. 107-108). La consecuencia de ello es que la difusión y aceptación de comportamientos incíviles hace mucho más difícil llegar a acuerdos que permitan superar la debilidad de las instituciones y/o los fracasos de las políticas públicas, lo cual, a su vez, refuerza el atractivo de las fuerzas populistas.

Nótese que en los párrafos anteriores hemos hecho referencia al papel de los políticos populistas en la movilización de la ciudadanía hacia plataformas cuyos principales componentes son el anti-elitismo y el anti-pluralismo. Esto nos motiva a poner en cuestión las limitaciones del enfoque ideacional y a proporcionar razones en favor de la inclusión de un tipo específico de líder carismático en la definición del populismo. Con fundamento en esta discusión, en la tercera parte realizamos un análisis de componentes principales centrado en la disposición a apoyar un líder fuerte que no tenga que preocuparse ni del Congreso ni de las elecciones. Con los datos de la séptima ola de la Encuesta Mundial de Valores, en esta última sección mostramos varios de los factores asociados a la difusión de las ideas populistas.

2. LA CENTRALIDAD DEL LÍDER CARISMÁTICO EN EL SURGIMIENTO Y MANTENIMIENTO DE LOS PARTIDOS POPULISTAS

[142]

Una primera razón para incluir al líder carismático en la definición del populismo está en relación con el hecho de que la constitución del “pueblo” como unidad política en oposición a las élites es el resultado de la acción de agentes políticos interesados en el antagonismo entre estos dos bloques. Los estudiosos del populismo convergen en destacar que esa unidad política es artificial. Los sectores de la ciudadanía que deciden apoyar las plataformas populistas no se conciben a sí mismos como “la totalidad del pueblo”. Lo usual es que cada sector exprese agravios de distinto tipo. En algunos países, esos agravios pueden estar centrados en la desigualdad y la pobreza; en otros, en el percibido agrietamiento de la identidad nacional y el orden social. Sin embargo, esos sectores no suelen realizar por sí mismos una identificación política en oposición a las élites. Ese proceso de identificación tiene lugar gracias a empresarios políticos que los convocan y movilizan en la arena política. De ahí la pertinencia de la observación de Robert Barr (2019, p. 48) respecto a la dirección de ese proceso de movilización: de arriba hacia abajo. Como el mismo Barr lo señala, “las estrategias de movilización de abajo-hacia-arriba serían consideradas una cosa distinta al populismo”.

Rovira-Kaltwasser (2018, p. 70) cita el trabajo de Paris Aslanidis (2016) como evidencia de movimientos populistas que carecen de líderes carismáticos. Los movimientos que Aslanidis estudió son Occupy Wall Street y los Indignados en España y Grecia, caracterizados por tener una plataforma anti-elitista y carecer de una estructura jerárquica. De partida, conviene observar que ninguno de estos movimientos ha tenido un impacto político duradero. Antes bien, distintas fuerzas políticas incorporaron a sus activistas, en un caso, en la facción anti-elitista del Partido Demócrata de los Estados Unidos encabezada por Bernie Sanders (Stewart, 2019) quien, a pesar del mote de populista que

le han puesto diversos medios, no corresponde a la definición mínima adoptada por el enfoque ideacional. Esta definición sí aplica a muchos de los Indignados en España que posteriormente se adhirieron a Podemos. Sin embargo, como lo destaca Müller (2016, p. 98), los Indignados no tenían una plataforma anti-pluralista, por lo cual no podrían ser clasificados como un movimiento populista.

Otro de los argumentos de Rovira-Kaltwasser (2018, p. 68) para poner en cuestión la centralidad del líder en los partidos populistas es la referencia a numerosos líderes carismáticos pluralistas que repudian las plataformas populistas, como por ejemplo Nelson Mandela y Barack Obama. A este respecto, conviene echar mano de la distinción realizada por Vamik Volkan (2004) para mostrar cuál es el tipo de liderazgo específico del populismo. Volkan distingue a los líderes narcisistas malignos, a quienes considera encarnaciones de un tipo de liderazgo destructivo, de los líderes narcisistas benignos cuyo liderazgo lo caracteriza Volkan como *reparador*.⁵ El líder narcisista maligno externaliza la división (*split*) que experimenta internamente entre los aspectos idealizados y los aspectos subvalorados de su personalidad en la forma de una retórica absolutista de división entre un “nosotros” y un “ellos” (Post, 2015, pp. 76-78). El líder narcisista benigno, por el contrario,

insta a sus seguidores a alcanzar un nivel de capacidad y habilidad correspondiente a la imagen idealizada de su superioridad. Para ello, procura remover todos los obstáculos mentales que impiden a sus seguidores alcanzar ese nivel de capacidad y habilidad. El líder deviene un maestro que anima continuamente a sus pupilos a liberar su energía de forma creativa y productiva. De este modo, el líder fomenta la expansión de la autonomía personal de sus seguidores favoreciendo dinámicas de progresión psíquica. En segundo lugar, el líder narcisista benigno se abstiene de buscar enemigos o subgrupos a quienes devaluar con el fin de realzar su sentido de superioridad. Antes bien, realza este sentido en función de los logros de sus seguidores. Esos logros permiten cerrar las heridas causadas por la pérdida y la humillación. En vez de canalizar la energía de los seguidores hacia el resentimiento, el líder narcisista benigno logra motivarlos a dar una respuesta constructiva a esa experiencia de humillación y pérdida. En este sentido, el líder narcisista benigno cumple una función reparadora. (Gómez Albarello, 2021, p. 126, con base en Volkan, 2004, pp. 194-199).

Con base en la anterior distinción, podemos refinar el tipo de liderazgo asociado al populismo. Evidentemente, los líderes reparadores no encajan con una plataforma anti-elitista y anti-pluralista; los líderes con un perfil narcisista maligno, sí. Lo suyo es promover el antagonismo hacia el grupo demonizado, sean las élites políticas y económicas o los inmigrantes y las élites que han favorecido su entrada al país. Estos líderes pueden moderar o reorientar el foco de su retórica divisiva con el fin de ganar más adherentes, como lo hizo Marine Le Pen al tomar distancia del antisemitismo y negacionismo de su padre. Lo que no pueden hacer es prescindir de una retórica divisiva, al menos por dos razones: una, porque su supervivencia política depende de promover la plataforma

⁵ El término *maligno* no tiene un contenido o connotación moralista. Es una herramienta analítica para diferenciarlo de aquellos que son benignos, según la tipología elaborada por Volkan. Un antecedente importante del trabajo de Volkan es el de Len Oakes (1997) pues, luego de utilizar la obra de Weber para definir el carisma, postula que la característica psicológica definitiva de los líderes carismáticos es el narcisismo.

populista a la cual están asociados; dos, porque esa retórica hace parte no sólo de su identidad política, sino también de su misma identidad personal.⁶

Además de sus características personales, conviene preguntarse cuáles son los mecanismos que contribuyen a que este tipo de líderes movilice una gran cantidad de adherentes. A este respecto, otro concepto acuñado por Vamik Volkan (2004, pp. 56-87) resulta especialmente útil: la regresión colectiva. En el psicoanálisis, la regresión consiste en la reversión temporal de un individuo a una etapa previa de su desarrollo psíquico como un medio para lidiar con la ansiedad causada por distintos eventos. Este es un fenómeno hasta cierto punto inevitable, pues es una de las formas mediante las cuales los seres humanos confrontamos los traumas, las amenazas o el estrés. Es sólo cuando la regresión se hace duradera e intensa que torna a ser problemática. A nivel colectivo, la regresión se activa como respuesta a amenazas o ataques a la identidad del grupo. Se manifiesta de muchos modos, tales como el recurso al pensamiento mágico, el énfasis en la pureza u homogeneidad del grupo, la deshumanización de aquellos percibidos como amenaza, la afirmación de un supuesto derecho a defender la identidad del grupo con cualquier medio, la reactivación de glorias y traumas del pasado mediante una suerte de compresión temporal, etc. Un “líder fuerte” puede reforzar estos síntomas del grupo y animar a sus seguidores “a permanecer en el estado de regresión o a realizar intentos de progresión” (Volkan, p. 59). Lo distintivo del líder narcisista maligno es, precisamente, lo primero. Es fácil reconocer en el mecanismo aquí enunciado un elemento central de la lógica populista.

[144] Hay un mecanismo adicional que opera como bisagra entre el grupo regresado y el líder narcisista: su mensaje de salvación o redención. Como bien lo destaca Volkan (2004, p. 193), “la creencia del líder en su propia omnipotencia y poder produce confort a los seguidores en búsqueda de un salvador”. Es la identificación con ese “salvador” lo que le da eficacia a las ideas populistas. Aquí uno de los planteamientos prescriptivos de Laclau acerca del populismo adquiere una gran utilidad empírica. Laclau (2005, p. 100) aboga por un doble proceso de identificación: el primero, el de los diversos sectores con la unidad política del pueblo; el segundo, con el líder que lo encarna. La emergencia y funcionamiento de la gran mayoría de partidos populistas ha consistido en este doble proceso de identificación, evidencia de lo cual es la excesiva preponderancia de las personas “fuertes” que los lideran. Gracias a ese doble proceso, los seguidores del líder populista pueden transformar sus agravios en acciones. Estas, sin embargo, tienen un efecto paradójico: desempoderarlos por la vía de empoderarlos. En efecto, al identificarse con un líder que cree en su propia omnipotencia, los seguidores se empoderan, i.e., adquieren la motivación para realizar cambios en la arena política que, en ausencia del líder populista, creían que no eran posibles. Sin embargo, el efecto de su identificación con el líder es creer que sólo siguiéndole esos cambios podrán ser realizados. Su agencia no es realmente suya; sus acciones dependen completamente de la dirección y la motivación que les proporciona su líder.⁷

6 Desde luego, cabe siempre la posibilidad de que un líder de este tipo redefina su identidad. Tal es el caso de George Wallace quien, al posesionarse por primera vez como gobernador del estado de Alabama en 1963, declaró, “segregación ahora, segregación mañana, segregación por siempre.” Tres lustros después, luego de convertirse a una iglesia evangélica, Wallace pidió perdón por su antagonismo hacia el movimiento de derechos civiles y, en su último periodo como gobernador, incluyó dos ciudadanos de origen afroamericano en su gabinete (Kennedy, 2019).

7 No es necesario postular que el perfil de todos los seguidores de los líderes populistas corresponde a personas con heridas narcisistas que procuran compensar su sentimiento de desvalía personal mediante la identificación

Hay una razón adicional para considerar el lugar central del líder narcisista en la activación del ideario populista: la afinidad entre la devoción por un líder autoritario y las plataformas políticas anti-pluralistas. Lo propio del anti-pluralismo es el rechazo a la deliberación razonable. Quienes se adhieren a idearios anti-pluralistas usualmente se niegan a pensar por sí mismos, pues no quieren divergir ni de los líderes a quienes siguen ni de sus correligionarios. Por su parte, los líderes rechazan todo cuestionamiento a sus decisiones y aíslan, expulsan incluso, a quienes lo hacen. Ambas dinámicas se refuerzan recíprocamente. De ahí que no sea casual que líderes narcisistas ocupen un lugar central en los partidos y movimientos populistas. Antes bien, ese lugar central corresponde a lo que podríamos considerar el caso normal.

Es cierto, como observa Rivera-Kaltwasser (2018, p. 69), que la presencia de líderes ‘carismáticos’ frena el desarrollo de la organización interna de los partidos populistas. No obstante, si la fuerza de esos partidos proviene principalmente de esos líderes, entonces para sus adherentes no tiene sentido ponerles obstáculos institucionalizando la vida interna de sus partidos. Una de las manifestaciones más claras de la centralidad de los líderes en los partidos populistas es el tiempo que duran al mando, el modo unilateral en el que deciden quiénes pueden permanecer o no en el partido, la forma en la cual escogen su sucesor o son removidos. Conviene resaltar que la duración *per se* no es un criterio suficiente para distinguir a un líder populista de otro que no lo es. Helmut Kohl y Angela Merkel fueron cancilleres de Alemania durante 16 años; si no hubiera muerto, Franklin Delano Roosevelt habría sido presidente de los Estados Unidos por un tiempo igual. En el caso de los líderes populistas, lo decisivo es que sus partidos siempre los reconocerán como los líderes indiscutidos, incluso cuando sus resultados electorales no les permiten tomar las riendas del gobierno. Por supuesto, si ganan las elecciones, lo que hacen es mantenerse en el poder. No obstante, si tienen que dejar el gobierno después de un revés electoral o una pugna dentro de su coalición, continuarán a la cabeza del partido. El caso normal en los partidos no populistas es precisamente el relevo en el liderazgo después de una derrota electoral – una excepción bastante significativa es Luis Inácio Lula da Silva, tres veces candidato del *Partido dos Trabalhadores* antes de ser elegido presidente en el 2002.

En el primer grupo, los que no se han convertido en cabeza del gobierno, están Jean Marie Le Pen (*Front National*) y Marine Le Pen (*Front National-Rassemblement National*), Pauline Hanson (*One Nation*), Gert Wilders (*Partij voor de Vrijheid*), Pablo Iglesias (*Podemos*), Beppe Grillo (*Movimento 5 Stelle*), Panos Kammenos (*Anexártetoi Éllenés*) y Veselin Mareshki (*Dvizhenie Volya*).

En el segundo grupo, esto es, los que ya han llegado a ser cabeza de gobierno, están Alberto Fujimori (Cambio 90-Vamos Vecino-Sí Cumple), Silvio Berlusconi (*Forza Italia-Il Popolo della Libertà*), Hugo Chávez (Movimiento Quinta República-Partido Socialista Unido de Venezuela), Evo Morales (Movimiento al Socialismo), Viktor Orbán (*Fidesz*),

con personas fuertes y poderosas. Como bien lo destaca Jerrold Post (2015, pp. 79-80), otro tipo importante de seguidores de líderes narcisistas lo constituyen personas psíquicamente maduras y saludables, pero temporalmente abrumadas por situaciones críticas cuya regresión colectiva es, sin embargo, menos duradera. Durante las situaciones críticas, procuran un líder que los rescate y los cuide; pasadas estas situaciones, suelen darle la espalda a los líderes que consideraban omnipotentes.

Jarosław Kaczyński (*Prawo i Sprawiedliwość*), Alexis Tsipras (*Syriza*), Andrés López Obrador (Movimiento Regeneración Nacional), Jair Bolsonaro (*Partido Social Liberal*), Gustavo Petro (Pacto Histórico) y Giorgia Meloni (*Fratelli d'Italia*).

Los casos que presentamos a continuación ilustran el mismo patrón destacado aquí de partidos centrados en su líder. Pia Kiærsgaard (*Dansk Folkeparti*) y Timo Soini (*Perussuomalaiset*) se habrían mantenido al frente de sus partidos indefinidamente, si no hubiesen renunciado por su propia voluntad. Sus sucesores, Kristian Thulesen Dahl y Jussi Halla-aho, respectivamente, parecen haber heredado la posición de líderes indiscutidos. Umberto Bosi habría continuado como líder de la Lega Nord, si no hubiese tenido que renunciar en el 2012, luego de la investigación judicial en su contra y contra su hijo Renzo, también miembro del partido y su hasta entonces potencial sucesor. Al año siguiente, después de que la facción de Roberto Maroni prevaleciera sobre la de Bossi, Matteo Salvini, perteneciente a la primera, se convirtió en el líder de la Lega, posición que mantiene desde entonces. Un fenómeno similar ha ocurrido recientemente en Eslovaquia, donde Igor Matovič (*Obyčajní ľudia-Obyčajní ľudia a nezávislé osobnosti*) tuvo que renunciar al cargo de primer ministro y de líder de su partido, luego de que el periódico Denník N demostró que había plagiado su tesis. Su ministro de Hacienda, Eduard Heger, lo sucedió como primer ministro, y ocupa uno de los cuatro cargos del comité directivo de su partido. De no haber sido por la pugna interna que él mismo provocó, el llamado ‘Knittelfeld Putsch’, Jörg Haider habría continuado al frente del *Freiheitliche Partei Österreichs* (FPÖ), como lo hizo en el caso de la nueva fuerza política que fundó (*Bündnis Zukunft Österreich*) luego de la escisión del anterior. Haider habría seguido siendo su líder, pero murió en un accidente de tránsito. El sucesor de Haider en el FPÖ, Heinz-Christian Strache, después de 14 años como líder y de año y medio como vicecanciller, tuvo que renunciar a ambos cargos por la investigación por corrupción iniciada en su contra.

Conviene considerar un fenómeno adicional, que Mudde y Rivera-Kaltwasser (2017, p. 67) refieren, que pone en duda la centralidad del liderazgo personalista: “Cuando los populistas son líderes de partidos políticos muy bien organizados con un programa bien definido, es más difícil establecer si el apoyo obtenido se basa en la lealtad al partido, el apoyo al programa o el lazo carismático con el líder.” El caso más prominente, y también el más dramático, es el de Donald Trump en el Partido Republicano. Lo que uno puede inferir después del asalto al Capitolio el 6 de enero de 2021, de la acusación en la Cámara de Representantes y la posterior absolución de Trump en el Senado en el juicio político iniciado en su contra, es que el lazo emocional con el líder es tan fuerte que sólo una pequeñísima minoría ha estado dispuesta a ir en su contra.

En resumen, hay argumentos muy fuertes para incluir un tipo de liderazgo específico en la definición del populismo. El carácter artificial del “pueblo” como unidad política es el resultado de la acción de empresarios políticos que promueven un proceso de doble identificación: con esa unidad y con el líder. Este es usualmente un narcisista maligno que saca partido de los procesos de regresión colectiva y que procura que sus seguidores sigan inmersos en ellos. El carácter antipluralista de los partidos populistas invita, además, a

considerar la afinidad con la devoción hacia un líder autoritario. Además, un examen del conjunto de partidos populistas corrobora el rol central de este tipo de líder.⁸

3. EL APOYO A UN LÍDER FUERTE QUE NO TENGA QUE PREOCUPARSE NI DEL CONGRESO NI DE LAS ELECCIONES

Dentro del conjunto de preguntas sobre los sistemas políticos y la forma de gobernar el país, la Encuesta Mundial de Valores (Inglehart et al., 2020) le pide a los encuestados que den su opinión acerca de un *líder fuerte* que no tenga que preocuparse ni del Congreso ni de las elecciones.⁹ Por las razones que presentamos anteriormente acerca de la centralidad del líder narcisista destructivo en el surgimiento y funcionamiento de los partidos populistas, consideramos que esta pregunta es especialmente reveladora del mayor o menor apoyo a plataformas anti-elitistas y anti-pluralistas. Quienes se identifican a sí mismos como “el pueblo” y, a su vez, con el líder como encarnación de ese pueblo, usualmente consideran ilegítimo que ese líder esté constreñido por políticos que no representan los que consideran son los verdaderos intereses populares.

Es evidente, sin embargo, que hay países donde los encuestados han respondido negativamente a esta pregunta, pues consideran que el líder populista ha hecho bien al tomar en cuenta al parlamento. Tal es el caso de Viktor Orbán en Hungría y de los gemelos Kaczyński en Polonia, quienes han contado con el respaldo del órgano legislativo en sus iniciativas por desmantelar la independencia del poder judicial y recortar los derechos y garantías de la ciudadanía (Gómez Albarello, 2020, pp. 138-143; Kovács y Scheppele, 2018). En estos dos países, los resultados electorales dan cuenta de un apoyo mucho más amplio que el registrado en la Encuesta Mundial de Valores en la pregunta acerca de un *líder fuerte*. Hecha esta salvedad, este es quizá uno de los mejores indicadores de la difusión de actitudes en correspondencia con plataformas populistas.

Conviene señalar que la muestra de países que consideramos en este artículo está restringida con base en dos criterios: el primero, la inclusión de aquellos considerados democracias plenas o democracias fallidas por la Unidad de Inteligencia del semanario *The Economist*. De este modo, hemos querido separar el fenómeno del populismo de otros tales como los autoritarismos competitivos. Ciertamente, la dirección de los cambios institucionales que promueven partidos populistas es la de tornar los régímenes

8 Quisiéramos realizar una breve reflexión final en esta sección. No encontramos provechosa la parsimonia no solo del enfoque ideacional ni tampoco la del enfoque alternativo: el estratégico-político (Barr, 2019; Weyland, 2001 y 2017). No abogamos por el eclecticismo, sino por una manera de ver la construcción conceptual de un modo distinto a la tradicional exigencia cartesiana de claridad y distinción. Consideramos más productivo el proceso propuesto por Mauro Calise y Theodore Lowi (2010) de definir los conceptos en relación a otros conceptos, especialmente cuando estos tienen fronteras borrosas. Tal fue el camino seguido por Annarita Crisciello (2010, pp. 191-192), revisado y profundizado por Giraldo Ramírez (2018, pp. 20-39). Este autor hace, además, una valiosa contribución al recurrir al método sugerido por Wittgenstein de tomar en cuenta los “parecidos de familia” y comparar el populismo con el bonapartismo y el fascismo.

9 Esta es la versión de la pregunta usada en la encuesta realizada en Colombia en 2018. En otros países hispanoparlantes, la versión es ligeramente distinta. En inglés, la pregunta es, “Having a strong leader who does not have to bother with parliament and elections”; en francés, “Être gouverné par un puissant dirigeant qui n'a pas à se faire approuver par un parlement ou à être élu”; en portugués, “Ter um líder forte que não precise se preocupar com deputados e senadores e com eleições.”

representativos en autoritarismos competitivos (Peruzotti, 2017; Levitsky y Loxton, 2019). Sin embargo, nuestro interés está puesto en regímenes en los cuales la competencia interpartidista todavía ocurre dentro de reglas de juego que permitirían que el partido populista en el poder pudiese ser removido. Por esta razón, hemos excluido de esta muestra a países como Bolivia y Nicaragua, cuyos regímenes son clasificados como híbridos.¹⁰ El segundo criterio es regional. Hemos concentrado nuestra atención en los regímenes del mundo anglosajón (Norteamérica, Oceanía y el Reino Unido), del continente europeo y de Latinoamérica. A pesar de sus grandes diferencias, uno podría agruparlos en el gran conjunto de Occidente y su periferia.¹¹

[148] El primer dato a retener al examinar este conjunto es que durante las últimas décadas ha habido un aumento considerable del porcentaje de respuestas favorables a un *líder fuerte*. Desde la cuarta ola de la Encuesta Mundial de Valores, cuando fue incluida esta pregunta por primera vez, hasta ahora, la séptima ola, puede apreciarse que solo en un pequeño grupo de países ese porcentaje ha disminuido o, por lo menos, no ha aumentado significativamente. Varios de ellos son países cuyos partidos populistas han sido especialmente emblemáticos: Austria, Finlandia, Francia y España, lo cual podría tomarse como una indicación de que la experiencia con esos partidos ha alienado a muchos ciudadanos. En las tres cuartas partes del conjunto de países considerados en este artículo, el porcentaje de respuestas supera el 20%; en un poco menos de la mitad, ese porcentaje supera el 30%: Australia, Chile, Chipre, Croacia, Italia, Países Bajos, Portugal y Estados Unidos; en una cuarta parte de este conjunto, hay países donde la proporción de respuestas a favor de un *líder fuerte* está por encima del 50%: Argentina, Brasil, Bulgaria, Colombia, Ecuador, Lituania, México, Perú, Rumanía y Serbia. Estas cifras son, desde todo punto de vista, alarmantes. En muchos países ya hay una masa crítica de personas dispuesta a apoyar plataformas populistas. En un importante subconjunto, esa ya no es una masa crítica; es la mayoría. El camino parece estar abierto para el triunfo de partidos populistas incluso en países sin experiencia previa de gobiernos populistas.

Uno puede hacer una primera observación acerca de este conjunto: todos los regímenes presidenciales tienen un porcentaje de respuesta favorable a un *líder fuerte* por encima del 30%. Este fenómeno puede ser visto a través del prisma del tipo de liderazgo que estos regímenes propician (Hendriks y Karsten, 2014): los regímenes presidenciales son pendulares, en el sentido de que el ganador toma todo (*winner-takes-all*), mientras que en los regímenes parlamentarios tiende a prevalecer un liderazgo basado en destrezas tales como la construcción de puentes y lazos con los diferentes grupos políticos. Estas destrezas parecen ir asociadas, aunque no en todos los casos, a un relacionamiento no antagónico con la oposición, lo cual, a su turno, se ha convertido en una disposición más o menos prevalente de la cultura política. En Estados Unidos y América Latina, parece

10 En Bolivia, por ejemplo, Evo Morales logró suprimir la autonomía del poder judicial, al grado incluso de que el tribunal constitucional le permitió presentarse una vez más como candidato a las elecciones presidenciales, a pesar de haber perdido en un referendo la posibilidad de hacerlo.

11 En los años ochenta del siglo pasado, el sociólogo Alain Rouquié (1987/1994) escribió un volumen sobre América Latina que subtituló “Introducción al Extremo Occidente”. Un volumen análogo podría ser escrito acerca de los países del Centro y el Este de Europa cuyos antiguos regímenes socialistas dejaron una impronta profunda en su trayectoria histórica, pero que gravitan en torno de la matriz greco-romana y judeo-cristiana de Occidente.

haberse consolidado la disposición opuesta, exacerbada por fenómenos tales como la polarización asimétrica (Layne y Santos, 2020; Mann y Ornstein, 2012).

EVOLUCIÓN DE LA PREFERENCIA POR UN LÍDER FUERTE QUE NO SE MOLESTE EN LIDIAR CON EL PARLAMENTO.

(suma de los porcentajes de quienes responden muy bueno y bueno).

PAÍS	1994 - 1998	1999 - 2004	2005 - 2009	2010 - 2014	2017 - 2020
Alemania	14	16	17	21	21
Argentina	27	36	32	45	57
Australia	24	*	23	27	31
Autría	*	15	21	*	14
Brasil	58	*	62	65	57
Bulgaria	48	34	52	*	52
Canadá	22	*	21	*	24
Chequia	15	16	26	*	25
Chile	33	40	28	33	39
Chipre	*	*	34	32	43
Colombia	51	*	30	52	60
Croacia	29	11	29	*	38
Dinamarca	13	*	14	*	21
Ecuador	*	*	*	70	74
Eslovaquia	18	18	11	*	27
Eslovenia	23	23	22	24	28
España	25	17	22	40	23
Estados Unidos	24	29	32	34	38
Estonia	34	16	25	29	16
Finlandia	26	25	17	*	15
Francia	32	*	27	*	23
Gran Bretaña	25	21	26	*	28
Grecia	08	*	07	*	09
Hungría	17	19	26	*	21
Islandia	11	*	15	*	12
Italia	15	*	15	*	32
Lituania	57	43	41	*	50
Méjico	38	44	54	57	69
Noruega	14	*	17	*	15
Nueva Zelanda	18	*	17	19	16
Paises Bajos	27	*	37	27	32
Perú	29	34	41	54	65
Polonia	20	*	22	20	16
Portugal	28	*	40	*	44
Rumania	40	57	66	70	72
Serbia	28	17	45	*	52
Suecia	26	21	15	26	19
Suiza	26	*	19	*	21

Fuente: Encuesta Mundial de Valores, Tercera, Cuarta, Quinta, Sexta y Séptima Ola de Respuestas. Elaboración propia.

Además de describir la preocupante tendencia de apoyo a un *líder fuerte*, en esta sección quisiéramos hacer una contribución a la identificación de sus posibles causas. Si bien el análisis de componentes principales no nos permite hacer una inferencia causal, al resaltar los fenómenos asociados con el apoyo a un líder fuerte, proporciona indicaciones para la realización de nuevos análisis en el futuro. Hecha esta aclaración, quisiéramos indicar que hemos usado las respuestas a varias de las preguntas de la séptima ola de la Encuesta Mundial de Valores referidas a la confianza en el parlamento y en el gobierno, en la justicia y en la burocracia, el interés en la política, la confianza interpersonal y la creencia en el gobierno. En un análisis factorial múltiple, hemos incluido también tres variables adicionales: la percepción de corrupción/honestidad, tal y como es reportada por el Índice de Percepción de Corrupción de Transparencia Internacional; el Índice Palma de desigualdad (también conocido como la ratio Palma) y la tasa de homicidios.

[150] La escogencia de estas variables ha sido el resultado de la revisión que hemos hecho de la literatura y de la exploración de los datos. En consonancia con la idea de que el populismo es el resultado de un proceso de doble identificación y, sobre todo, con la idea de que lo político surge allí donde hay un proceso consciente y deliberado de dirigir la atención de la opinión pública acerca de un problema y plantear su discusión en el espacio público (Dewey, 2012, 53-54; Heller, 1934, 301), consideramos que las principales variables a tener en cuenta son aquellas relacionadas con la falla de las instituciones para responder a los reclamos de la ciudadanía. En otras palabras, a las que corresponden, en los términos de Sheri Berman (2021, p. 3-8), a explicaciones basadas en el lado de la oferta. De ahí que las primeras variables de interés sean precisamente las referidas a la confianza de la ciudadanía en las instituciones.

Cabe hacer una observación acerca de este conjunto. F. G. Bailey (2002) sostiene que, sin frenos, la política terminaría “arrastrada hacia el entusiasmo insensato (acerca de lo bueno y de lo malo) y, por lo tanto, hacia el caos”. Lo que previene que la política torne a ser “desagradable, brutal y breve”, como en el estado de naturaleza descrito por Hobbes, es la existencia de árbitros que hacen costosas las infracciones a las reglas de juego. Muchas de las acciones de los políticos populistas tienen como propósito dramatizar el hecho de que los árbitros han fallado, pero también acorralarlos, cuando esos árbitros ponen en evidencia sus infracciones o cuando difieren de sus propios juicios. Esto último es particularmente notable en el caso de los ataques de políticos populistas a los medios de comunicación (Happer et al., 2019; Relly, 2021). Sin embargo, no encontramos una relación sistemática entre el apoyo a un *líder fuerte* y la falta de confianza en la prensa. Esto no quiere decir que este sea un factor que pueda descartarse como determinante de la difusión de plataformas populistas, justamente porque la confianza en la prensa ha disminuido a tiempo con el aumento del apoyo a un *líder fuerte*. No obstante, la pérdida de confianza en la justicia sí muestra una relación mucho más estrecha con la difusión del apoyo a este tipo de líder. En efecto, la percepción de que los árbitros judiciales no cumplen su papel de frenar a las élites poderosas proporciona un extraordinario punto de apoyo a los políticos populistas.

Mudde (2004, pp. 543-544), Mudde y Rovira-Kaltwasser (2017, p. 11) y Müller (2016, pp. 19 y 24-25) han hecho énfasis en el carácter moralista del populismo. Por tanto, es dable conjeturar que la extensión de la corrupción proporciona un contexto bastante

propicio para las plataformas populistas, lo que nos ha motivado a incluir en el análisis el Índice de Percepción de Corrupción. No obstante, como lo mostraremos más adelante, incluso países con una alta percepción de honestidad parecen estar a merced de políticos populistas que han construido una narrativa creíble de colusión de las élites políticas y económicas en contra de la mayoría (Hawkins et al, 2017, p. 355). En la misma línea del carácter moralista del populismo, decidimos explorar la relación entre el apoyo a un *líder fuerte* y la creencia en el infierno. Esta creencia está fuertemente correlacionada con la creencia en el cielo,¹² cuya inclusión habría sido redundante y, por tanto, poco informativa. El punto es que la mayor difusión de la creencia en el infierno proporciona un punto de apoyo adicional a los discursos moralistas de los populistas. Nuestra conjetura es que, si las creencias forman sistemas y se enlazan en cadenas discursivas, entonces la creencia en el infierno será un enlace bastante fuerte para las plataformas anti-elitistas y anti-pluralistas.

El artículo seminal de di Tella (1965) puso el foco en el llamativo que el populismo ejerce en masas relativamente desorganizadas, un tema que reapareció en el trabajo de Weyland (2001, pp. 14-17 y 2017, pp. 79-81). El abordaje que hemos hecho de este asunto con los datos de la Encuesta es indirecto. Dado que existe una fuerte relación entre los niveles de membresía en asociaciones voluntarias, por un lado, y la confianza interpersonal, por el otro (Anheier y Kendall, 2003), conjeturamos que la disposición a apoyar un *líder fuerte* será mayor en sociedades donde los niveles de confianza interpersonal son más bajos. El mecanismo que conecta uno y otro fenómeno estaría asociado con la menor capacidad social de individuos para lidiar con la ansiedad colectiva. Si esa capacidad social es menor por causa de la debilidad o ausencia de organizaciones sociales y los bajos niveles de confianza interpersonal, entonces es probable que muchas personas estén dispuestas a volcarse hacia un *líder fuerte* que conjure las amenazas contra la identidad del grupo. Dicho de otro modo, consideramos que individuos que confían poco en los demás son mucho más vulnerables a la retórica populista que aquellos acostumbrados a confiar y cooperar con otros. En este mismo orden de ideas, conjeturamos que un menor interés en la política contribuye a darle soporte a la creencia en la eficacia de un *líder fuerte*. En efecto, individuos que se conciben a sí mismos desempoderados políticamente tenderán a retraerse a su esfera privada y a desinteresarse de los asuntos públicos. En lugar de entrar a la esfera política por la vía ordinaria de la movilización partidista, este tipo de ciudadanos estará más inclinado a apoyar un *líder fuerte* en quien puede delegar la tarea de enfrentar a la clase política.¹³

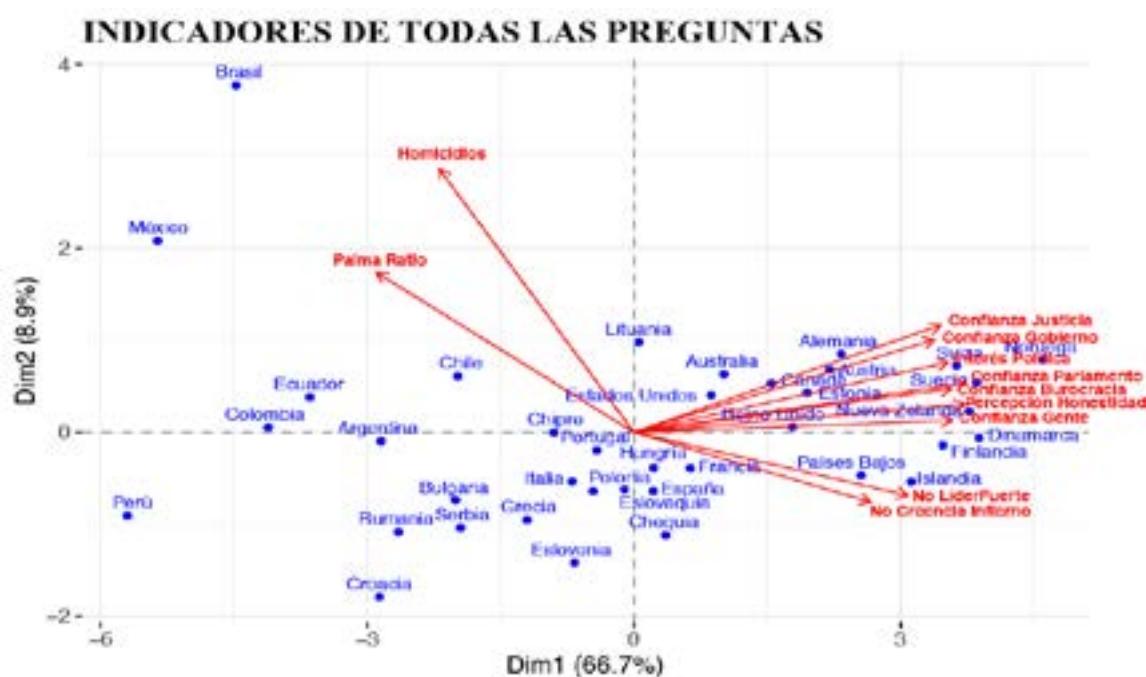
En línea con el argumento presentado en la sección anterior acerca de la relación postulada por Volkman (2004) entre la regresión colectiva y los líderes narcisistas malignos, encontramos plausible el argumento que conecta la desigualdad económica con el populismo, mediado por la ansiedad que produce la pérdida de estatus (Bonikowski, 2017, p. 202). Esta es una variable del lado de la demanda (Berman, p. 3-3). Su inclusión obedece al hecho de que, junto con la violencia, la desigualdad es un asunto muy susceptible de ser politizado. Sin embargo, no contamos con una medición suficientemente adecuada para

12 En la versión en inglés, *heaven*; en francés, *paradis*; en portugués, *paraíso* (*céu*).

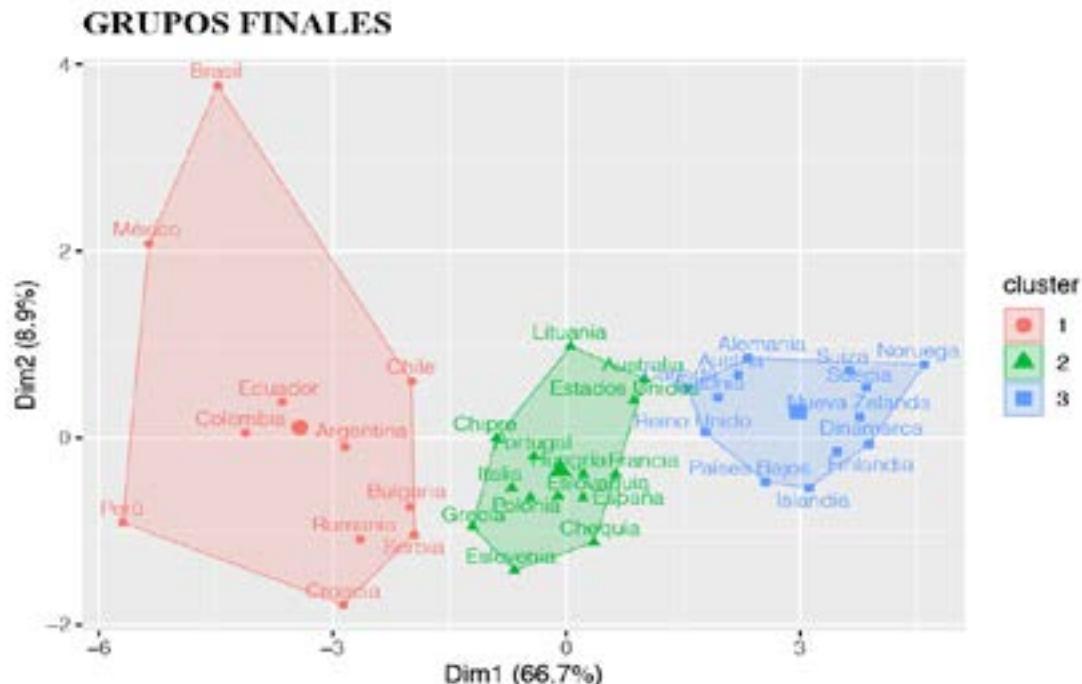
13 Paul Taggart (2018) propone ver el populismo a través del prisma de lo no-político (*the unpolitical*), no de la antipolítica. No encontramos su conceptualización muy persuasiva, pero creemos que apunta hacia el mismo fenómeno que referimos aquí.

captar la referida ansiedad. Lo que sí resulta bastante notorio es que Latinoamérica, la región más desigual de la muestra aquí considerada, es terreno fértil para las plataformas populistas. La razón tiene que ver con la notoriedad de la división entre los que tienen y los que no, lo cual, a su turno, proporciona una gran oportunidad para políticos ávidos de articular una plataforma anti-elitista. Otro tanto sucede con la tasa de homicidios. Latinoamérica tiene tasas muy superiores a todo el resto de países. La ansiedad que provoca la violencia es otro de los puntos de apoyo de las plataformas populistas.

El análisis de los datos correspondientes a las anteriores variables se llevó a cabo en dos etapas. En la primera, recurrimos al análisis de correspondencias para analizar las tablas de frecuencias de las respuestas para cada pregunta de la Encuesta. Con los componentes de cada tabla que aportan la mayor cantidad posible de varianza, calculamos unos nuevos componentes. Estos son la base del análisis en la segunda etapa. Este segundo análisis consiste en la clasificación jerárquica por componentes principales, esto es, en la construcción y tipificación de los grupos de objetos por su similitud respecto a sus componentes. Los grupos de objetos en este caso son los países; los componentes, las variables incluidas en este análisis. Las siguientes dos gráficas presentan el resultado de este análisis. La primera muestra la dirección de las variables y la segunda la clasificación de los países en función de su mayor similitud por los valores de cada variable.



Fuente: Encuesta Mundial de Valores, Séptima Ola de Respuestas. Elaboración propia.



Fuente: Encuesta Mundial de Valores, Séptima Ola de Respuestas. Elaboración propia.

Los componentes incluidos en el agrupamiento de los países dan cuenta de tres cuartas partes de la variación observada para cada país, tanto de las preguntas de la Encuesta Mundial de Valores incluidas en este análisis como de las variables adicionales anteriormente referidas. La descripción de las características de cada grupo permite identificar algunas de las posibles causas del apoyo a un *líder fuerte* que no tenga que preocuparse ni del Congreso ni de las elecciones y, por esa vía, de las posibles causas del populismo. El primer grupo incluye a casi todos los países cuyo nivel de apoyo a un *líder fuerte* supera el 50%: Argentina, Brasil, Bulgaria, Colombia, Ecuador, México, Perú, Rumania y Serbia. Incluye también a dos países donde ese nivel de apoyo es superior al 30%: Chile y Croacia. Este grupo se distingue por tener los más bajos niveles de confianza en las instituciones, niveles similares de corrupción percibida, así como los más bajos niveles de confianza interpersonal y de interés en la política. Las mayores diferencias en este grupo conciernen a los niveles de desigualdad y la tasa de homicidios. Los países latinoamericanos son notoriamente mucho más desiguales y más violentos.

El segundo grupo está conformado por los países europeos mediterráneos (Portugal, España, Italia, Grecia y Chipre) más Francia, la mayor parte de los países antiguamente socialistas (Chequia, Eslovaquia, Eslovenia, Hungría, Polonia y Lituania), Australia y los Estados Unidos. En este grupo, con excepción de Lituania, los niveles de apoyo a un *líder fuerte* son menores que los del primero. Esos niveles son también mayores que los del tercer grupo, excepción hecha de Países Bajos. Este segundo grupo de países tiene un nivel de confianza en las instituciones más alto que los del primer grupo, pero en general más bajo que los del tercero. En el caso de la corrupción percibida ocurre un fenómeno similar: los niveles del segundo grupo son más bajos que los del primero, pero más altos

que los del tercero. Sin embargo, los niveles de confianza interpersonal y de interés en la política del segundo grupo varían de un modo que es difícil distinguirlo del tercero. Un rasgo de varios países incluidos en este grupo es la difusión de la creencia en el infierno, particularmente en los Estados Unidos y en Australia. Los niveles de desigualdad dentro de este grupo varían bastante, pero dentro de un rango mucho más bajo que los del primer grupo. Estados Unidos es el más desigual, seguido por Australia y los países mediterráneos más Francia; los países antiguamente socialistas tienen en este grupo los niveles de desigualdad más bajos. Comparado con el primero, este segundo grupo tiene tasas de homicidio mucho más bajas. No obstante, varios países de este segundo grupo tienen tasas de homicidio mucho más altas que la del tercero, siendo el caso más notorio el de Estados Unidos.

Como ya lo mencionamos, el único país del tercer grupo que tiene niveles de apoyo a un *líder fuerte* bastante altos es los Países Bajos. Todos los demás, esto es, los países nórdicos (Islandia, Noruega, Suecia y Finlandia), Alemania, Austria y Suiza, y Reino Unido y Nueva Zelanda, tienen los más bajos niveles de apoyo a un *líder fuerte*. En este grupo de países, los niveles de confianza en las instituciones tienden a ser más altos que los anteriores. No es de sorprender que la corrupción percibida sea también mucho más baja. Es notoria también, comparado con los otros dos grupos, la bajísima difusión de la creencia en el infierno. Es el grupo también con el nivel más bajo de desigualdad y de homicidios. Cabe resaltar que en el segundo y en el tercer grupo, la institución en la que tiende a haber más confianza en este grupo son las cortes, seguida por la burocracia. Sin embargo, en el tercero, el parlamento tiende a gozar de más confianza que el gobierno, un patrón que lo distingue de los demás grupos.

[154]

Estos hallazgos no difieren mayormente de la literatura sobre el populismo. La primera y la más significativa concierne al carácter moralista del discurso populista, el cual gana tracción en la percibida corrupción de las instituciones. Donde la confianza en el parlamento, la justicia, el gobierno y la burocracia es baja, hay grandes oportunidades para construir una plataforma anti-elitista. Esta, sin embargo, no es toda la historia. Como ha sido identificado en la literatura, la corrupción de las élites se puede construir de otro modo: como la colusión contra el “pueblo”, incluso en países donde las instituciones tienden a funcionar honestamente.

La clasificación de los grupos da cuenta también de otro fenómeno identificado en la literatura. La ruta de los populismos en América Latina y en Europa suele ser bastante diferente. En Latinoamérica, los altos niveles de desigualdad proporcionan una gran oportunidad para populismos de izquierda; los altos niveles de violencia, para populismos de derecha. No en vano los niveles de confianza interpersonal y de interés en la política que se observan en el segundo y tercer grupo están asociados a niveles de desigualdad mucho más bajos. Esto concuerda con la observación de Weyland (2017, p. 89) de que el margen de acción de las plataformas populistas en Europa está, con excepción de España y Grecia, en la extrema derecha. En efecto, donde es más alta la membresía a asociaciones voluntarias, son más altos los niveles de confianza y cooperación social, y como resultado de la movilización política en partidos de izquierda, ha habido más conquistas sociales; el discurso populista de izquierda tiende a tener mucha menos resonancia.

Un hallazgo singular de este análisis concierne a la creencia en el infierno. Es aparente que esta creencia proporciona un punto de apoyo a los discursos anti-pluralistas. No obstante, la difusión del populismo en países bastante secularizados, como los países antiguamente socialistas y aquellos con una cultura postmaterialista, como los nórdicos, muestra que el anti-pluralismo se puede construir de muchos modos. Las tensiones entre países vecinos, como sucede en Croacia y Serbia, o en Hungría y Rumania, proporcionan una base segura a las diferencias entre un “nosotros” y un “ellos”, que explotan los líderes populistas. Otro tanto sucede con los inmigrantes provenientes de países musulmanes en el centro y norte de Europa, donde los gobiernos se han opuesto tenazmente a recibir refugiados.

Para resumir y a modo de conclusión, se podría afirmar que donde la mayoría de la ciudadanía siente que su voz es escuchada y las autoridades obran imparcialmente, se interesa en los asuntos públicos, los niveles de confianza interpersonal y cooperación social son altos, y los niveles de desigualdad y violencia son bajos, el llamativo de un *líder fuerte* que no tenga que preocuparse ni del Congreso ni de las elecciones será bajo. Sólo en apariencia esta es una conclusión trivial. La difusión del populismo es un gran interrogante acerca de qué tan representativas e imparciales son las instituciones de las llamadas democracias liberales y qué tan libre de ansiedad vive la gente en sociedades regidas por estas instituciones. Creemos que el llamativo de un *líder fuerte* es la cara inversa de la complacencia liberal, luego de su triunfo a finales del siglo pasado.

4. CONCLUSIONES

El desafío encarnado por movimientos y partidos populistas a los régimes democráticos es extraordinario. Sus plataformas anti-elitistas y anti-pluralistas socavan la deliberación democrática, la alternancia en el poder y el imperio del derecho. Por tanto, los esfuerzos por comprender la especificidad de este fenómeno y sus posibles causas son una tarea de gran importancia. Con este trabajo hemos querido contribuir a ese esfuerzo tanto en el plano teórico como en el empírico. De partida, en consonancia con la literatura sobre el tema, hemos destacado que el anti-elitismo y el anti-pluralismo son los pilares centrales del discurso populista. Sin embargo, destacamos el hecho de que, mientras el último está necesariamente en las antípodas de la democracia, no sucede lo mismo con el primero. El anti-elitismo tiene un linaje democrático muy antiguo; Cleón es, en la antigua Atenas, el prototipo de un líder democrático anti-elitista. El anti-elitismo resulta problemático, y decididamente antidemocrático, cuando una de sus variantes, el anti-intelectualismo, sirve de plataforma para deshacer todos los controles y límites propios de una democracia constitucional.

En segundo lugar, al mostrar el itinerario conceptual del estudio del populismo, resaltamos que los trabajos sobre el tema asocian este fenómeno con las limitaciones de la democracia liberal para dar respuesta a las demandas de diversos sectores. En lugar de inscribirse en esta tradición, los trabajos de Cass Mudde y Cristóbal Rovira-Kaltwasser han hecho énfasis en el contenido ideacional del discurso populista y han mostrado que éste puede articularse en contextos muy diversos.

El aporte que han hecho los proponentes de este enfoque ideacional a la comprensión del populismo ha sido muy importante. Sin embargo, han soslayado, de una manera que no nos parece acertada, el tipo de liderazgo de los movimientos y partidos populistas. Este tipo de liderazgo lo encarnan individuos con un perfil psicológico muy específico, el que el psicoanalista Vamik Volkan ha definido como narcisista maligno. Líderes con este perfil suelen ganar adeptos en contextos de lo que el mismo Volkan ha denominado como fenómenos de regresión colectiva. Los líderes narcisistas malignos suelen intensificar tal regresión y producen un efecto de desempoderamiento político por la vía paradójica de empoderar a sus seguidores. En efecto, en ausencia de un líder populista, sus seguidores se sienten impotentes. Al adherirse a ese líder, se empoderan, pues creen ser capaces de realizar un cambio hasta entonces considerado imposible. No obstante, abdicán en el líder la formulación de alternativas y su implementación, desempoderándose de ese modo.

En línea con este análisis teórico, llevamos a cabo un análisis empírico orientado a identificar las posibles causas de apoyo a movimientos y partidos populistas. Si bien la metodología que empleamos no nos permite hacer inferencias causales, sí resulta adecuada para identificar factores asociados a la emergencia y consolidación de dichos movimientos y partidos. Una buena aproximación al tipo de liderazgo anti-elitista y anti-pluralista del populismo es la pregunta incluida en la Encuesta Mundial de Valores que identifica la disposición a apoyar un líder fuerte que no tenga que preocuparse ni del Congreso ni de las elecciones. Con datos de esa encuesta y de fuentes adicionales, pudimos identificar que esa disposición está fuertemente asociada a los niveles de desigualdad, violencia homicida, percepción de honestidad/corrupción, confianza en las instituciones y confianza interpersonal, interés en la política y creencia (o no) en el infierno, condiciones que favorecen la ocurrencia del fenómeno de regresión colectiva al cual nos hemos referido en este trabajo. Los líderes narcisistas malignos, que encajan en la definición de líder fuerte de la Encuesta Mundial de Valores, suelen intensificar la regresión colectiva de sus seguidores mediante su discurso anti-elitista y anti-pluralista. Estos hallazgos concuerdan con los realizados por otros trabajos y abren nuevas vías de indagación sobre este fenómeno.

[156]

REFERENCIAS

- Anheier, H. y Kendall, J. (2002). Interpersonal Trust and Voluntary Associations: Examining Three Approaches. *British Journal of Sociology* 53, 3, pp. 343-362.
- Aslanidis, P. (2016). Populist Social Movements of the Great Recession. *Mobilization: An International Quarterly* 21, 3, pp. 301-321
- Berman, Sheri. (2021). The Causes of Populism in the West. *Annual Review of Political Science* 24, pp. 3.1-3.18.
- Bonikowski B. 2017. Ethno-nationalist Populism and the Mobilization of Collective Resentment. *British Journal of Sociology* 68, 1, pp. 181-213.
- Booth, J. y Baert, P. (2018). *The Dark Side of Podemos? Carl Schmitt and Contemporary Progressive Populism*. Routledge.
- Barr, R. (2019). Populism as a Political Strategy. En C. de la Torre (ed). *Routledge Handbook of Global Populism*. Routledge, pp. 44-56.

- Calice, M. y Lowi, T. (2010). *Hyperpolitics: An Interactive Dictionary of Political Science Concepts*. University of Chicago Press.
- Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy. *Political Studies* XLVII, 2-16.
- Corso, L. (2022). Anti-elitism and the Constitution: Some Reflections on Populist Constitutionalism. En: Massoud, M. F., Meierhenrich, J. y Stern, R. E. (eds). *Anti-Constitutional Populism*. Cambridge University Press, 67-98.
- Criscitiello, A. (2010). Populism. En: M. Calice y T. Lowi. *Hyperpolitics: An interactive dictionary of political science concepts*. University of Chicago Press.
- Dewey, J. 2012. *The Public and Problems: An Essay in Political Inquiry*. Pennsylvania University Press. (Obra original publicada en 1927).
- DiMaggio, P.; Evans, J. y Bryson, B. (1996). Have American's Social Attitudes Become More Polarized? *American Journal of Sociology* 102, 3, pp. 690-755
- Di Tella, T. (1965). Populism and Reform in Latin America. En C. Veliz (ed). *Obstacles to Change in Latin America*. Oxford University Press, pp. 47-74.
- Dubiel, H. (1986). The Specter of Populism. *Berkeley Journal of Sociology* 31, pp. 79-91.
- Grote, G. (1851). *A History of Greece: From the Earliest Period to the Close of the Generation Contemporary with Alexander the Great*. Volume 7. John Murray.
- Giraldo Ramírez, J. (2018). *Populistas a la colombiana*. Debate.
- Gómez Albarello, J. G. (2020). El declive de la separación de poderes y la politización de la justicia. *Revista de la Academia Colombiana de Jurisprudencia* 372, pp. 129-169.
- Gómez Albarello, J. G. (2021). El día después y los liderazgos reparadores: La necesidad de un nuevo liderazgo político para la pospandemia. *Análisis Político* 101, pp. 120-143.
- Hawkins, L. A., Read, M. y Pauwels, T. (2017) Populism and its causes. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds). *The Oxford Handbook of Populism*. Oxford University Press, pp. 341-364.
- Happer, C., Hoskins, A. y Merrin, W. (eds). 2019. *Trump's Media War*. Palgrave Macmillan.
- Hawkins, K. y Rovira Kaltwasser, C. (2018). Introduction. En K. Hawkins y C. Rovira-Kaltwasser (eds). *The Ideational Approach to Populism Concept, Theory, and Analysis*. Routledge.
- Heller, Hermann. (1934). Power, Political. En E. R. A. Seligman (ed). *Encyclopedia of the Social Sciences*. Macmillan Company, pp. 301-305.
- Hendriks, F. & Karsten, N. (2014). Theory of Democratic Leadership. En: R. A. W. Rhodes y P. Hart. *The Oxford Handbook of Political Leadership*. Oxford University Press, pp. 48-59.
- Hofstadter, R. (1955). *The Age of Reform: From Bryan to F.D.R.* Alfred A. Knopf.
- Hofstadter, R. (1966). *Anti-Intellectualism in American Life*. Alfred A. Knopf.
- Inglehart, R., C. Haerpfer, A. Moreno, C. Welzel, K. Kizilova, J. Diez-Medrano, M. Lagos, P. Norris, E. Ponarin & B. Puranen et al. (eds). (2020). World Values Survey: Round Seven - Country-Pooled Datafile Version: <https://www.worldvaluessurvey.org/WVSDocumentationWV7.jsp>. Madrid: JD Systems Institute.
- Kennedy, (2019). *The Broken Road: George Wallace and a Daughter's Journey to Reconciliation*. Bloomsbury Publishing.

- Kovács, K. y Scheppelé, K. L. (2018). The Fragility of an Independent Judiciary: Lessons from Hungary and Poland and the European Union. *Communist and Post-Communist Studies* 51, 3, pp. 1-12.
- Laclau, E. (2005). *On Populist Reason*. Verso.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Strategy*. Verso.
- Lakatos, I. (1970). Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes. En I. Lakatos, I. y A. Musgrave. (eds). *Criticism and the growth of knowledge*. Cambridge University Press, pp. 91-195.
- Levitsky, S. y Lozada, J. (2018). Populism and Competitive Authoritarianism in Latin America. En C. de la Torre (ed). *Routledge Handbook of Global Populism*. Routledge, pp. 334-350.
- Löwenthal, L. y Guterman, N. (2021). *Prophets of Deceit: A Study of the Techniques of the American Agitator*. Verso. (Obra original publicada en 1949).
- Mann, T. E. y Ornstein, N. J. (2012). *It's Even Worse Than It Looks: How the American Constitutional System Collided with the New Politics of Extremism*. Basic Books.
- Merkley, E. (2020). Anti-Intellectualism, Populism, and Motivated Resistance to Expert Consensus. *Public Opinion Quarterly* 84, 1, 24-48.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeigeist. *Government and Opposition* 39, 4, pp. 541-563.
- Mudde, C. (2017). Populism: An Ideational Approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds). *The Oxford Handbook of Populism*. Oxford University Press, pp. 46-102.
- [158] Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2012). Populism and (Liberal) Democracy: A Framework for Analysis. En C. Mudde y C. Rovira-Kaltwasser (eds). *Populism in Europe and the Americas*. Cambridge University Press, pp. 1-26.
- Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford.
- Müller, J.-W. (2003). *A Dangerous Mind: Carl Schmitt in Post-war European Thought*. Princeton University Press.
- Müller, J.-W. (2016). *What is Populism?* University of Pennsylvania Press.
- Payne, L. y Santos, A. A. (2020). The Right-Wing Backlash in Brazil and Beyond. *Politics & Gender* 16, 1, pp. 32-38.
- Oakes, L. (1997). *Prophetic Charisma: The Psychology of Revolutionary Religious Personalities*. Syracuse University Press.
- Ostiguy, P. (2017). Populism: A Socio-Cultural Approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds). *The Oxford Handbook of Populism*. Oxford University Press, pp. 104-133.
- Post, J. (2015). *Narcissism and Politics: Dreams of Glory*. Cambridge University Press.
- Relly, J. E. (2021). Online Harassment of Journalists as a Consequence of Populism, Mis/disinformation, and Impunity. En H. Tumber y S. Waisbord (eds). *The Routledge Companion to Media Disinformation and Populism*. Routledge, pp. 178-187.
- Rigney, D. (1991). Three Kinds of Anti- Intellectualism: Rethinking Hofstadter. *Sociological Inquiry* 61, 4, 434-451.
- Rizzo, S. y Stella, G. A. (2006). *La casta: Così i politici italiani sono diventati intoccabili*. Rizzoli.
- Rouquié, Alain. (1994). *América Latina: Introducción al Extremo Occidente*. Segunda Edición. Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1987.)

- Rovira Kaltwasser, C. (2018). How to Define Populism? Reflections on a Contested Concept and its (Mis)use in the Social Sciences. En G. Fitzi, J. Mackert y B. S. Turner. *Populism and the Crisis of Democracy. Volume 1: Concepts and Theory*. Routledge, pp. 62-78.
- Schmitt, C. (1988). *The Crisis of Parliamentary Democracy*. MIT Press. (Obra original publicada en 1926.)
- Stewart, E. (2019). We are (still) the 99 percent. Recuperado de <https://www.vox.com/the-highlight/2019/4/23/18284303/occupy-wall-street-bernie-sanders-dsa-socialism>
- Talmon, J. L. (1956). *Los orígenes de la democracia totalitaria*. Aguilar.
- Taggart, P. (2018). Populism and ‘Unpolitics’. En G. Fitzi, J. Mackert y B. S. Turner. *Populism and the Crisis of Democracy. Volume 1: Concepts and Theory*. Routledge, pp. 79-88.
- Volkan, V. (2004). *Blind Trust: Large groups and their leaders in times of crisis and terror*. Pitchstone Publishing.
- Walz, K. (2025). What is Anti-pluralism? Outlines, varieties, and Application Contexts of a (Re)emerged Concept. Zeitschrift für Vergleichende Politikwissenschaft <https://doi.org/10.1007/s12286-024-00622-x>
- Weyland, K. (2001). Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics. *Comparative Politics* 24, 1, pp. 1-22.
- Weyland, K. (2017). Populism: A Political-Strategic Approach. En C. Rovira Kaltwasser, P. Taggart, P. Ochoa Espejo y P. Ostiguy (eds). *The Oxford Handbook of Populism*. Oxford University Press, pp. 72-102.
- Whedbee, K. E. (2004). Reclaiming Rhetorical Democracy: George Grote’s Defense of Cleon and the Athenian Demagogues. *Rhetoric Society Quarterly* 34, 4, 71-95.
- Yanchenko, K. Lipiński, A. y Venizelos, G. (2025): We, the ... elites? Anti-elitism of governing populist parties in Poland, Greece, and Ukraine. *Journal of Contemporary European Studies*, DOI: 10.1080/14782804.2025.2505147